

RECENSIONES

DONALD W. TREADGOLD: *El desarrollo de la U. R. S. S.* Editorial Tecnos. Madrid, 1969, 437 págs.

Hace ya algunos años que las preguntas sobre lo que Rusia ha sido, es y puede ser en la Historia del mundo, viene constituyendo uno de los puntos claves de la historiografía técnica contemporánea. Por otra parte, dentro de este análisis general, destacan como temas esenciales los de preguntarse sobre si Rusia y lo ruso pueden considerarse como uno de los sistemas y factores sociales europeos; como un sistema de estirpe asiática; como una mezcla de unas y otras cosas, o más bien como una estructura completamente original.

Sobre todas dichas cuestiones, la mayor parte de los estudios hechos fuera de Rusia (principalmente después de la Segunda Guerra Mundial) se han venido realizando en Norteamérica, donde los expertos eslavistas fundaron una importante asociación. Ellos pensaron que era indispensable hacer acopio de las nuevas ideas y los nuevos conocimientos que habían sobrevenido en los años recientes. Luego decidieron suscitar un debate entre los especialistas de los Estados Unidos, y los de otros países occidentales, respecto a los problemas fundamentales de las relaciones rusas y eslavas. Todo ello fue realizado con la mayor competencia y amplitud, y publicado en un solo libro de conjunto: coordinado y presentado por Donald W. Treadgold.

Dicha obra fue publicada en la Universidad de Washington. Ahora, la versión española, que ha aparecido en las series de ciencias políticas de la Editorial Tecnos, proporciona a los estudiosos de lengua castellana un instrumento orientador y documental de excepcional utilidad, tanto por los métodos como por los contenidos y los propósitos.

Respecto a los métodos, se invitó a distintos especialistas a escribir uno de los temas rusos fundamentales, procurando referirlo a las investigaciones más recientes y profundas, y exponer a la vez sus propias consideraciones personales. Después se enviaba ese primer trabajo a otros dos especialistas para que lo comentasen y añadiesen sus propias opiniones. En una tercer etapa se presentaban los comentarios al autor del ensayo inicial, y él entonces escribía una contestación complementaria.

El contenido de cada capítulo contiene así un pequeño ciclo muy completo y recogido de cada punto esencial desde diversos ángulos. Por ejemplo, en el capítulo IX que trata de todo lo que concierne al tema de Rusia y Occidente. Henry L. Roberts expone la comparación y el contraste de ambos factores. Después, Marc Raeff y Marc Szeftel tratan, respectivamente, del punto de vista ruso en su relación con Occidente y de los límites históricos del problema entre Rusia y Occidente. Por último, Henry L. Roberts recoge el resultado del debate escrito, deduciendo que, aunque la Historia se apoya en el pasado y no puede predecir el futuro, es indispensable que de la investigación y comparación históricas no se excluya el tratar de los periodos más recientes, aunque se trate de épocas tan difíciles y resbaladizas como la Rusia posterior al año 1917.

RECENSIONES

Sobre los propósitos ha de señalarse el interés humano de que entre los colaboradores de la obra, dirigida por Donald W. Treadgold, haya autores nacidos en una docena de países diversos y que actualmente son ciudadanos de cinco (o sea: los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Francia y la misma Unión Soviética). Todos y cada uno de ellos se distinguen por sus competencias técnicas, aunque estén adscritos a distintas posiciones políticas y religiosas, o no adscritos a ninguna. Han sufrido persecuciones bajo regímenes diferentes; pero se empeñan en hablar el lenguaje de una ciencia supeditada a la búsqueda de la verdad.

Las discrepancias entre unos y otros pueden variar, y de hecho varían al referirse a las valorizaciones, pero coinciden en la fijación de los hechos fundamentales. De todos modos, con la movilidad y vivacidad de las discusiones en los intercambios de observaciones de los especialistas, se informa mejor a los lectores, y se apuntan líneas de investigación para los estudios posteriores.

Sin embargo, es también cierto que varios problemas fundamentales, como, por ejemplo, los de los referentes al desarrollo actual de la Unión Soviética, no sólo no han sido agotados, sino que no han podido ser completamente delimitados. En muchos casos, por insuficiencia de fuentes materiales directas. De todos modos se ha conseguido una obra de conjunto que refleja el estado más reciente de las investigaciones.

El conjunto de los textos se divide en cuatro partes, que van tratando de la Unión Soviética, la vieja Rusia, las fronteras occidentales de Rusia y el papel de Rusia entre Oriente y Occidente. Al final, una bibliografía seleccionada y un índice analítico. Entre todas partes se deslizan muchos puntos claves, como los de la naturaleza del sistema soviético; la racionalidad de la economía soviética; la evolución de la literatura rusa moderna; el problema de la antigua cultura rusa; el Imperio ruso como país subdesarrollado; Ucrania y la dialéctica de la formación de una nación; la comparación y el contraste de Rusia y el Este; Rusia y el resto de Europa; Rusia y el Islam, etc.

Cada una de las partes aparece sometida a una armoniosa planificación que trata los temas, tanto escalonándolos sucesivamente como haciéndolos girar en círculos concéntricos. Así, en la primera sección, donde se discute el sistema soviético, el profesor Brzezinski expone la tesis de que la organización del totalitarismo fijó el límite de las posibilidades de cambio dentro de la Unión Soviética; el profesor Meyer compara el sistema soviético con el de una Sociedad Anónima estadounidense, y el profesor Tucker aborda, desde un punto de vista crítico, el concepto teórico del totalitarismo. Al tratar de lo económico-social, el profesor Grossman subraya algunas limitaciones que la economía dirigida soviética ha supuesto en el terreno de la satisfacción de las necesidades del Estado y el pueblo; el profesor Chambre señala varias coincidencias entre el sistema soviético y los de Europa Occidental; mientras el profesor Granick duda de que la estructura de la «economía dirigida» de la U. R. S. S. haya tenido efectos tan restrictivos como pretende Grossman.

En el conjunto de las cuestiones (tantas veces tratadas y tan intensamente discutidas), que se refieren al papel de Rusia y lo ruso como factor flotante unas veces, mezclado otras, y ambivalente casi siempre entre lo «Oriental» y lo «Occidental», un punto casi siempre olvidado, suele ser el de las acciones y reacciones entre Rusia y el Islam. Es un tema que en el libro sobre el desarrollo de la U. R. S. S. trata con minuciosidad el profesor Spuler.

Bertold Spuler, que es profesor de Estudios Islámicos, en la Universidad de Hamburgo, comienza por destacar la evidencia de que la estructura del poder en el Califato de los Abbasíes de Bagdad fue la que se esparció por todos los confines turcos e iraníes del área islámica, hasta los confines de la Edad Moderna, aunque con numerosas adaptaciones locales. La concentración de los poderes en manos del monarca y la metrópoli de Bagdad, así como el desarrollo de una clave dirigente jerarquizada, fueron factores despóticos, pero

RECENSIONES

limitados y contrapesados por otros factores benévolos; como el que nunca hubo en el Islam ninguna dictadura ideológica, dando libertad a los pueblos influidos por concepciones sólo religiosas, y restringiendo, en cambio, todas las que se opusiesen a las normas islámicas de los poderes jalifales centrales y los feudales regionales. Los emires turcos de la llamada «horda dorada», que ocuparon enormes regiones de la Unión Soviética actual, las rigieron según un sistema islámico de grandes emiratos y beylicatos en lo político-social. Además, implantaron colonos, como los labradores egipcios que se establecieron en el Volga, creando allí una cultura típicamente fluvial-agrícola.

Por otra parte, y refiriéndose a la creación y el desarrollo posterior del Estado entre los rusos de Rusia propiamente dicha, parece que medidas como las del sistema militar basado en vinculaciones de tierras que implantaron los Zares, se derivó a la vez de procedimientos mongoles y de técnicos musulmanes. Así, los feudos de las *pomestie* rusas tuvieron más relación con los *iqta* islámicos que con los feudos medievales de Europa Occidental.

En cuanto a todo lo que en sentido inverso explica las razones de que, históricamente, las relaciones entre Rusia y Europa Occidental hayan constituido «un tema de tanto interés», es evidente que ha ocasionado un gran perjuicio el empeño en hacer resaltar las diferencias más que las coincidencias. Sin duda, la coincidencia de desigualdad puede afectar al comportamiento de un modo más decisivo que cualquier conjunto de puntos objetivos de similitud. Pero también la similitud y el contraste han de incluirse en un contrapeso, cuyo eje firme fue una participación de cristiandad. Además, John Milton definía desde Londres en la mitad del siglo XVII, a Moscovia como «la región más septentrional de la llamada Europa civilizada». Fue después del reinado modernizador de Pedro el Grande, cuando la doble alienación del pasado ruso y el reformismo dio a las preguntas sobre el occidentalismo ruso un carácter angustioso. En todo caso, la Rusia soviética ha elaborado después alienaciones con estructuras occidentalistas ya rusificadas; y la relación pendular, dentro de la misma identidad, ha perdurado, aunque haya sido al revés.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

FERNANDO FRADE MERINO: *Introducción a la Geopolítica*. Compañía Bibliográfica Española, S. A. Nuremberg, 14. Madrid, 218 págs., 175 ptas.

Comienza este libro con un estudio del objeto de la Geografía como ciencia de la descripción de la Tierra, teniendo en cuenta las relaciones que la ligan con el Universo y con los seres que la habitan, especialmente el hombre. La distribución de los accidentes geográficos y los fenómenos físicos tienen una proyección evidente sobre la economía, de tal forma que éstos, junto con el clima, población y recursos, están íntimamente ligados y son la causa de la potencialidad de ciertos grupos humanos. Consecuencia de ello, el espacio en que vive una cierta colectividad puede explicar las tensiones, inestabilidad, y desajustes a que una zona está sujeta, así como las formas de hallar los medios adecuados para resolverlos.

La potencialidad de una nación es función de la extensión de su territorio, de sus recursos, de la cantidad y calidad de su población, de su avance tecnológico, y de su situación relativa respecto a los centros del poder mundial existentes, así como de su influencia en las rutas mundiales de comunicaciones, tanto terrestres como marítimas.

En resumen, la potencialidad de un pueblo depende de una serie de factores: el físico, humano económico, y socio-político. Todos estos factores son analizados por el autor uno a uno, haciendo al final un cuadro guía que consideramos muy bien sistematizado, de tal forma que con su ayuda puede hacerse una

RECENSIONES

síntesis que ayude a valorar la potencialidad real de un país, con un indudable valor para tomar decisiones políticas y militares.

Fue en el siglo XIX cuando tomó cuerpo la Geopolítica, convirtiéndose en ciencia, siendo el profesor alemán Ratzel el que desarrolló sus ideas fundamentales. Para este pensador, los estados son seres vivos sometidos a las leyes de la selección natural, constituyendo las fronteras líneas temporales de fricción dentro de la competición específica de los estados, con supervivencia de los más fuertes.

Pero fue el sueco Kjellen el que iba a dar a esta ciencia el nombre de Geopolítica que adaptaron con éxito todos los estudiosos de la época que trataban de las relaciones del hombre con su medio geográfico.

A finales de siglo, el marino norteamericano Maham fue también uno de los que orientó el estudio de esta ciencia en la forma que hoy día se hace.

Ratzel y Maham habían impregnado sus estudios de un matiz nacionalista con gran resonancia, tanto en la política alemana de la época como en la de los Estados Unidos, pero Kjellen limó estas aristas y definió la Geopolítica como el estudio del medio natural que sirve de asiento a un estado, considerando a éste como a un organismo en un medio geográfico.

Las teorías vitalistas de los primeros geopolíticos han sido muy criticadas, siendo seguidos del determinismo político de los estados prefigurados por su situación geográfica, pero a partir de Maham los geopolíticos dieron, al estudio de las actividades del estado en el marco geográfico que ocupan, un carácter de relación global, apareciendo el tema de la repartición geopolítica del mundo en diversas zonas, ideas que serían cristalizadas, casi podemos decir, de una forma definitiva por los dos grandes geopolíticos: Mackinder y Spykman.

Las teorías de Mackinder son relatadas en el libro a través de sus sucesivas evoluciones. Lo esencial de ellas es que en una lucha por el dominio del mundo la victoria corresponderá a la potencia terrestre que domine la zona continental más importante de éste. Ahora bien, en Eurasia se encuentran los dos tercios de las tierras emergidas y los siete octavos de la población humana; luego aquel que pudiera disponer de esta masa, que Mackinder llama la Isla del Mundo, estaría en disposición de conquistarlo. Ahora bien, dentro de la Isla del Mundo, la zona continental más importante desde el punto de vista estratégico, ya había sido llamada «zona Pivote» por Maham. Pues bien, esta zona es materializada por Mackinder por aquella parte de Eurasia, en la cual el desagüe de sus ríos es hacia mares interiores o hacia el Artico, situada al Oeste de Siberia, y que él llamó el Corazón del Mundo. El resto de las tierras las reparte en diferentes zonas, terminando en su clásico postulado: «El que domine la Europa Oriental, dominará la Tierra Corazón; el que domine la Tierra Corazón, dominará la Isla del Mundo; el que domine la Isla del Mundo, dominará la Tierra.»

Spykman, profesor norteamericano, opuso a la importancia decisiva que Mackinder concedía al dominio de la Tierra Corazón, la importancia siempre creciente del área que en sus escritos bautizó con el nombre de Tierras Costeras, casi coincidente con la zona que Mackinder llamaba Media Luna Interior, sustituyendo, en definitiva, el valor decisivo de la Tierra Corazón por el de la Tierra Orilla, intermedia entre aquélla y la Costera.

Según Spykman, el postulado de Mackinder había que cambiarlo así: «Quien controle la Tierra Orilla, rige Eurasia; el que rige Eurasia, controla los destinos del Mundo.»

El autor continúa estudiando los pactos y tratados actuales como una aplicación práctica de las teorías geopolíticas expuestas, extendiéndose en consideraciones principalmente sobre el Tratado del Atlántico Norte, conocido por su sigla N. A. T. O., así como los del C. E. N. T. O. y S. E. A. T. O., coincidentes en gran parte con la Zona Costera de Spykman, así como el Pacto de Varsovia, lo es con el de la Tierra Corazón.

RECENSIONES

Estas dos teorías anteriores, indudablemente fueron concebidas como consecuencia del adelanto de las comunicaciones terrestres en los últimos cien años.

Pero la aparición en el panorama bélico del explosivo nuclear y de los vectores correspondientes, han complicado estas teorías que dependían casi exclusivamente de las facilidades de los transportes marítimos y terrestres, mezclándolas íntimamente con la disuasión en sus diferentes formas.

Estas teorías sobre la disuasión fueron precedidas, mejor dicho, presentidas por los dos grandes teóricos de la estrategia área: Dohuet y Mitchell, seguidos por Seversky, que, a su vez, fueron resumidas por Stessor, que niega de forma rotunda la importancia de la Tierra Corazón, que quizá tuvo su vigencia en los días de Napoleón y Hitler, pero de ninguna forma en los tiempos actuales, ya que la posición central de Rusia dentro de Eurasia, que es lo que daba fortaleza a su posición por permitirle moverse por líneas interiores, se ha convertido en debilidad en los días de las velocidades supersónicas, pues sus centros vitales pueden ser alcanzados concéntricamente con muy remotas posibilidades de defensa. Consecuencia de ello, el mantener una posición fuerte en la Tierra Orilla es vital en el dominio mundial.

Terciando en la discusión de la subdivisión del mundo en zonas, el norteamericano Cohen la divide en tres regiones estratégicas, que por sus diversas situaciones, cultura, ideología y orientación comercial, pueden unirse en una alianza militar, pero no alcanzar una unidad político-económica estrecha. Estas subdivisiones políticas son las siguientes: Regiones dependientes del Comercio Marítimo. Región Continental Eurásica. Región Asiática Monzónica. Entre ellas hay unas zonas de fricción, las del Oriente Medio y Sudoeste Asiático, de cuyo realismo no podemos dudar.

Continúa el estudio de estas diversas teorías con una crítica con visión realista del problema general, haciendo una síntesis armonizadora de ellas, estudiando las condiciones en las que se mueve el mundo de nuestros días, apoyándose en diversos teóricos europeos que tienden a preconizar la unión de Europa y aumento de su importancia en el equilibrio mundial actual.

Por último, trata con extensión del tema de España en el conjunto geopolítico mundial. Según el autor, en primer lugar, no se puede, geopolíticamente, hablar de España, sino de la Península Ibérica, considerando a España y Portugal como una unidad geoestratégica indisoluble.

Con relación a Europa, la Península tiene una posición periférica independiente de los ejes estratégicos europeos formados por los ríos Rhin y Danubio, principal motivo de su política tradicional aislacionista.

Respecto a su situación con relación a la estrategia marítima, la Península tiene dos cualidades sobresalientes frente al resto de las regiones europeas: el estar en una posición dominante respecto a las cinco grandes arterias marítimas atlánticas y mediterráneas, y el estar fuera del bloqueo natural que tiene Inglaterra sobre todas las países centroeuropeos con costas en el Atlántico, además de ser el enlace natural con Africa.

El autor hace aún más amplios sus conceptos sobre unidad geoestratégica, advirtiendo que a la unidad geoestratégica peninsular hay que ampliarla con el Magreb, advirtiendo que esta gran unidad a caballo sobre Europa y Africa tienen un valor y una proyección extraordinaria en la geopolítica mundial.

En resumen, excelente libro síntesis, es muy difícil encontrar textos que traten el tema de forma completa y ordenada, pues la geopolítica ha sido explicada por sus autores en forma fragmentada, haciéndose difícil el poder obtener una visión de conjunto capaz de hacer posible el sacar consecuencias. Este libro puede llegar a ser una magnífica guía para el estudio de la geopolítica, a los que quieran profundizar en ella, así como una iniciación para aquellos que se sientan atraídos por estos apasionantes temas tan en voga en la sociedad de nuestros días.

ENRIQUE MANERA.

RECENSIONES

BADIÁN SEIDÚ: *Las vías del Socialismo africano*. Ediciones de Cultura Popular. Barcelona, 1968, 174 págs.

El tema del Africa negra goza de una rabiosa actualidad. A la vista de la interminable serie de libros, ensayos y conferencias que se publican y pronuncian y en los que se glosan hasta los más recónditos detalles de la vida pública y privada de los africanos, podríamos afirmar que, efectivamente, en nuestro tiempo se ha «descubierto» el continente africano. Sin embargo, como nos ha hecho notar un diplomático español¹, entramos en un período de cansancio respecto a Africa, de desánimo y pesimismo en lo que se refiere a su futuro. Los intelectuales occidentales del comienzo de esta década depositaron una buena dosis de optimismo y confianza en las posibilidades de los países que entonces comenzaban a emerger a la vida internacional. Ese cajón de sastre que llamamos Tercer Mundo encontraría su propia vía para enfrentarse con los problemas que les imponía su infradesarrollo, para construir sus nacionalidades; sin necesidad de pasar por el largo y doloroso proceso de la acumulación capitalista, sin tener que caer en la regimentación de una planificación central rígida. Sin embargo, como es sabido, a este optimismo ha sucedido la crítica de las realizaciones de la descolonización y una sensación de malestar respecto a la vida política y económica de los nuevos Estados. En realidad, lo que ha sucedido, sin que pueda pensarse en otra razón más convincente, es que los políticos, juristas y sociólogos—preferentemente europeos—han querido ver en los hombres y en las tierras africanas el campo ideal para experimentar la implantación de nuevas estructuras político-sociales, sin preocuparse por eso que Ortega certeramente denominó «el alma de los pueblos».

Naturalmente, no es preciso insistir en esta cuestión; muchos de esos políticos, juristas y sociólogos, han procedido con recta intención y, consecuentemente, han estudiado con todo detenimiento los problemas africanos; otros, por el contrario, aun habiendo tenido contacto directo con los problemas del continente negro, han preferido quedarse en la superficie. El mal se acentúa si pensamos que no pocos viajeros (turistas de la política)—y de esto se duele especialmente el autor de este libro—han considerado que para tener un conocimiento casi exhaustivo del problema africano bastaban sólo unas horas de estancia entre los hombres del continente negro. Lo único cierto hasta ahora es que Africa ha comenzado a vivir la singular aventura de la libertad. Una libertad que, como con todo acierto señala el doctor S. Badián, ha llegado para muchos Estados africanos como una torrencial lluvia.

Creemos, y acaso no nos equivocamos, que la problemática político-social africana de la hora presente gira en torno de los siguientes puntos cardinales: *igualdad de los hombres y de los Estados, independencia y soberanía, cooperación y asistencia*, y finalmente, *neutralismo*. No hay, pues, duda de que, a su vez, cada uno de estos apartados originan toda clase de interpretaciones doctrinales. Queremos decir con esto que, en verdad, la política, las estructuras jurídicas y sociales de la vida oficial africana no se constituyen bajo el signo específico de la libertad. Africa, hoy por hoy, no puede—como más adelante trataremos de ver—aspirar a la construcción del socialismo del cual nos habla el autor de este libro. Es más, nos atreveremos a dogmatizar, no puede ni conseguir el imperio de una democracia más o menos radical. Y la razón es obvia, dado que, como es bien conocido, todos—sin excepción alguna—los dirigentes africanos reconocen que la interdependencia es una clara realidad de la vida africana. Este, a nuestro parecer, es el problema más agudo del mundo africano: el no saber si la libertad ha llegado demasiado pronto aún, o, por el contrario, demasiado tarde. Dicho con palabras mucho más elocuentes que las nuestras²: que el

¹ MORÁN, FERNANDO: *El nuevo reino*. Editorial Tecnos. Madrid, 1967, pág. 13.

² LIONS, MONIQUE: *Tendencias de la democracia africana*. «Boletín Mexicano de Derecho Comparado», núm. 1, 1968, pág. 224.

RECENSIONES

problema del Africa recién independizada reside ahora en el grado de esta misma independencia, a saber: en la existencia o no del neocolonialismo.

Los líderes africanos, aún por orgullosos e independientes que sean, no ignoran un hecho muy sencillo: que aisladamente no pueden subsistir. Todos, por tanto, de manera absoluta, reconocen que la fórmula ahora en vigor de «ayuda y asistencia» reemplaza en la fraseología imperialista al viejo *slogan* «misión civilizadora». Llegamos, por consiguiente, a la conclusión de que³, sin aceptar ni aprobar de ninguna manera las desviaciones y los abusos a los que la asistencia extranjera pueda dar lugar, los moderados africanos reconocen que sus países no pueden prescindir de ella. Pedir la ayuda extranjera demuestra una gran lucidez, revela también una actitud normal, pero, en el fondo, puede que sea un mal. Por otra parte, esperar ayudas totalmente desinteresadas equivale, para un país, escoger el aislamiento; el retiro significa, en fin, renunciar a la vida.

El doctor S. Badián nos hace ver en las páginas de su libro que, en efecto, el imperialismo nunca llega a abandonar del todo las tierras que un día dominó. Por eso, el autor se pregunta con un gesto entre admirativo y desilusionado. ¿Cómo es posible que después de tantas décadas de colonización no haya podido salir una élite africana que sea aceptable a los ojos del colonizador? La pregunta que se formula el doctor S. Badián lleva una honda carga de emotividad. Casi estamos inclinados a afirmar que, ciertamente, a los africanos les pesa la independencia. A los gobernadores les aguarda una gigantesca tarea que parece no tener fin: la tarea de construir un nuevo Estado para el que, como puede suponerse, no se amoldan las viejas estructuras heredadas de los países colonialistas. Quiérase o no, los líderes negros, aun por mucha que sea su presencia de ánimo, no pueden dejar de sentirse acoquejados. La independencia implica —volvemos a insistir en esta idea— la misión de edificar para su pueblo una vida más conforme con la del hombre de nuestro tiempo, esto es, una vida que responda a todas las aspiraciones reales de todo ser humano.

Hasta el momento esa noble aspiración ha quedado frustrada en la inmensa mayoría de los casos, ya que, lamentablemente, los hombres que han tenido en sus manos esa bella posibilidad de cambiar el destino de los pueblos negros han preferido hacer su propia política o la de su partido. No es desatino alguno el afirmar que, hasta el presente, en todas partes del Africa negra, el régimen político escogido se ha convertido en instrumento del poder personal de un hombre o de un partido. Por consiguiente, los incidentes, remolinos, cambios bruscos y expectativas de vida política y africana traducen las fluctuaciones profundas que la afectan. Como en algunas de las páginas de su libro nos advierte el doctor S. Badián, el problema africano es insoluble si los políticos, los juristas y los sociólogos europeos no abandonan la torpe creencia de que es posible trasplantar al continente negro las estructuras que condicionan la vida oficial de la vieja Europa. Africa exige estructuras propias, dado que, como ha afirmado una conocida escritora, es llegada la hora de que se piense, de una vez para siempre, que todo en Africa es diferente de Europa: la substancia de los días, como la de los seres y de las cosas.

En todo caso, piensa el doctor S. Badián—tesis que nos parece muy aceptable—, lo que sería fatal y denigrante para el porvenir africano es el hecho de que sus líderes más representativos, abrazados a la teoría de que, hoy por hoy, en Africa no puede conseguirse nada de forma fija y definitiva, sigan anclados en el más increíble inmovilismo. Hay, por tanto, que «hacer» algo. Ese «hacer», según el autor de las páginas que comentamos, puede consistir en una revolución radical en todos los órdenes de la vida africana. Veamos: Ante las imponentes tareas, cuya realización constituye para nosotros (pág. 20) un imperativo de supervivencia, el inmovilismo es esterilizante, tanto para los dirigentes como para los pueblos. El Africa negra necesariamente debe arrostrar la re-

³ LIONS, MONIQUE: *Obra citada*, pág. 225.

RECENSIONES

volución que la historia le impone. Y no una revolución puramente económica—algo que no existe, pese a lo que algunos opinan—sino una revolución universal que parta del hombre para desembocar en el hombre. Una subversión únicamente económica, inexorablemente tiene repercusiones en el contexto social y humano; mas no es concebible sin algún género de control político, con todos los riesgos que éste entraña. Por consiguiente, es absolutamente imperioso que este renacer esté presidido por un pensamiento global, el único que puede garantizar la dignidad de Africa asegurando eficazmente la promoción de sus hijos; y puesto que se trata del hombre, es necesario observarlo, en primer lugar, en el marco precolonial, después en el marco colonial, para poder aquilatar las transformaciones (afortunadas o desafortunadas) operadas en él por el impacto europeo. Esto ayudará a percibir la medida de sus oportunidades, el cúmulo de esfuerzos que tuvo que hacer, bien para «ponerse al día» mediante la adquisición de elementos nuevos o para liberarse de ciertos lastres de importación. Se trata de procurarle el máximo de posibilidades para la grandiosa aventura a que ha sido invitado.

Si queremos ser sinceros, mínima cortesía para la extraordinaria importancia de estas páginas, tenemos que afirmar que la obra del doctor S. Badián no es decididamente optimista. Tampoco, en rigor, irradian un pesimismo atroz. El autor, dado cuanto antecede, tiene plena conciencia de que los pueblos africanos atraviesan una hora crítica y, sobre todo, de que tienen planteados unos problemas que, sin recabar la ayuda de nadie, tienen que resolver por sí mismos. El autor nos advierte que, en efecto, Africa es una sangrante encrucijada, en donde se dan cita las más heterogéneas pasiones político-sociales. Africa, además, no puede volver los ojos a su pasado, puesto que, como el propio autor señala, su pasado pre-colonial o colonial constituye una rémora en su carrera político-social hacia el futuro. No es fácil encontrar en su pasado la huella de un programa más o menos democrático o socialista. Según el análisis que han verificado los más eminentes historiadores del continente negro parece ser, el doctor S. Badián se muestra conforme con esta tesis, que fue el absolutismo la forma de Gobierno más usual de estos pueblos. Por tanto, siguiendo el pensamiento del autor, no podemos decir que existiera la democracia en los estados del Africa pre-colonial. Ciertamente, toda la organización de la aldea estaba impregnada de una democracia de tipo igualitario y de participación. Pero, en cuanto uno se elevaba en las estructuras verticales, caía en el absolutismo. Ya a nivel de algunos cantones, esbozo del cacicazgo de guerra, el jefe era dueño y, cosa que todos admitían, el jefe era omnipotente. Decidía, ordenaba, y las poblaciones tenían que conformarse con lo que él quería. Los detentadores del poder estaban por encima de todas las leyes y de todas las reglas que, en cambio, obligaban a los demás. Tenían todos los derechos; eran el Derecho. Podían ser buenos o malos; estaban por encima de la justicia. Y lo que el Africa tradicional ha exigido siempre ha sido justicia e igualdad entre hombres iguales (página 27).

Ahora bien: ¿Por qué, dados los infinitos modelos políticos existentes, el autor considera que la implantación del socialismo es la fórmula política más adecuada para el Africa negra? Sin dudarle un momento, el doctor S. Badián subrayará que, efectivamente, la construcción socialista en Africa es la única garantía de estabilidad política. El autor apoya su creencia en un hecho muy simple, a saber: que es necesario comprender que, en el Africa de habla francesa, el sindicalismo ha experimentado una influencia muy fuerte de la C. G. T. Y la C. G. T. plantea la lucha sindical desde una óptica marxista, o, dicho de otra manera, no se trata principalmente de mejorar la suerte de los trabajadores con migajas arrancadas periódicamente al capitalismo a fuerza de huelgas, sino más bien del derrocamiento total del sistema. El Estado capitalista, básicamente explotador de la clase obrera, no puede de ninguna forma servir los intereses de esta clase. El antagonismo clase obrera-Estado burgués

RECENSIONES

es irreductible; sus intereses son diametralmente opuestos. Los dirigentes sindicales africanos saben todo esto. Ya lo sabían mucho antes de la independencia: estos puntos de vista los han difundido a menudo a su alrededor.

Pero, aun admitiendo que, en efecto, sea el socialismo la solución política más viable para paliar el desequilibrio africano, la implantación del mismo tampoco resulta fácil, dado que en el Africa negra comienzan a proliferar, como nos advierte el autor de estas páginas, varias clases de socialismo. Son muchos los dirigentes africanos que afirman estar (pág. 131) construyendo el socialismo en sus países. No obstante, las diferencias entre unos y otros son notables. Naturalmente, todos invocan las circunstancias particulares del país, su contexto particular, etc. De todas formas, un observador «socialista» no puede dejar de ver la confusión reinante a este respecto, porque dicho observador tiene una idea clara de la ideología que aquéllos dicen defender y de sus exigencias. El contexto puede variar, ciertamente, presentar matices y hasta claras diferencias debidas a la herencia del régimen colonial y al estilo que éste adoptó en uno y otro sitio, porque no fue siempre el mismo. No obstante, el socialismo responde a un contenido concreto, y la línea que sigue un gobierno y las medidas que adopta en los diversos sectores de la vida nacional nos dan claras indicaciones sobre su orientación real y sobre los objetivos socio-económicos que persigue.

Nosotros diferimos del autor, creemos que el régimen político que la lógica impone en Africa tiene que ser de inspiración autoritaria y centralista⁴, con miras a una doble meta de edificación y de educación. Se trata, nada menos, de edificar el Estado, educar a las masas y levantar su nivel de vida, suprimir el marco tribal y las «micronaciones» que ha engendrado, eliminar las rivalidades regionales y realizar la unidad nacional; en resumidas palabras, se trata de transformar el universo de la tribu en un conjunto de Estados Modernos. Nada se construye en el desorden, nada en la inercia o la indiferencia. Por eso mismo, mientras no se haya vencido a la miseria y el hambre, no habrá independencia verdadera.

A pesar de todas las dificultades que la implantación del socialismo implica, el doctor S. Badián hace hincapié en que, quiérase o no, es la única solución para acabar con la inestabilidad político-social africana, dado que, como es sabido, el socialismo (pág. 160) tiene su moral, su moral internacional, y también su humanismo. Intenta liberar al hombre de la opresión de su semejante, y de la miseria, y crear alrededor de él las condiciones más favorables para su vida de hombre. Las relaciones de subordinación, explotación y dominación, han de ceder el sitio a las de cooperación, ayuda mutua, etc. Toda nuestra acción —subraya el autor— ha de estar impregnada de estas ideas y moverse en función de esta finalidad suprema. La política internacional, también.

Aun no estando de acuerdo con la mayor parte de las tesis defendidas por el doctor S. Badián, no podemos dejar de reconocer que, justamente, estamos en presencia de uno de los libros más importantes que últimamente se han publicado sobre el tema por siempre sugestivo del futuro político-social del Africa negra. Sería muy interesante no descuidar el estudio de los aspectos jurídicos que las instituciones políticas del continente negro nos ofrecen. Claro está, pensamos, que esto es principio de otra cuestión que apenas si es rozada en el libro que comentamos. En todo caso, digamos que el Derecho tiene un papel primordial en la vida de los países en desarrollo, pues, quiérase o no, el Derecho es norma que rige la vida del hombre, de la sociedad, del Estado y de la comunidad de naciones. El doctor S. Badián se ha olvidado en su libro de hacer, aún brevemente, mención del Ordenamiento jurídico africano. Nosotros creemos, quizá erróneamente, que a la política se llega a través del Derecho.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA.

⁴ LIONS, MONIQUE: Obra citada, pág. 227.

